

ces se tiene por bien fortunado quando en compañía de viles siervos se halla desconocido. Va, pues, en casa de Lucrecia: cargase de trigo, e descargando en la panera, quedó el postrimero segun estava acordado; e como era auisado, llegó en medio del escalera donde la puerta de la camara estava, e abriendola se metio dentro y cerró empos de sí. Halló a Lucrecia en labores de seda ocupada, e llegando más cerca della dixo: «Dios te salve, ánima mia, vna sola esperanza de mi vida. Agora te hallo sola; agora lo que tanto he desseado complire. Ya no ay impedimentos para te abraçar: ninguna pared me quitara tus besos».

Lucrecia, avnque ella havia dado el haniso, en el primero acometimiento pasmó; y no Eurialo, mas espíritu creya ser. No podia creer que varon tan grande a tanto peligro se pusiese. Mas desde que entre los abraçados y besos lo conocio, dixo: «Y tú, pobrezillo, eres Eurialo? Es verdad que te veo?» Y derramada la color por el rostro, muy apretadamente lo abraçó y en medio de la cara lo miró, e luego tornó a dezir: «O ánima mia, a cuánto peligro por mí te pones? Qué dire de aqui adelante, sino que soy bien cierta sobre todas las cosas me amas? Ya espermenté tu amor, y tú no me hallarás otra. Plega a Dios que mucho tiempo los fados sean prosperos y a nuestros amores den bienaventurada salida. Mientras el espíritu regiere mis miembros, nunca de otro sera Lucrecia, ni del marido si con derecho lo puedo así llamar; porque Dios sabe cuánto contra mi voluntad lo recibe, en el qual es verdad que nunca mi corazón consintió. Mas ea, deleyte mio, dexa al capote, muestrame cuál eres; dexa la forma de ganapan; dexame ver a Eurialo».

Ya él, dexada toda suziedad, resplandecia de brocado e carmesi; ya yua aparejado al exercicio del amor, quando llegó Sosias, llamando a la puerta: «Guardad, amantes, dixo, no sé a qué viene Menelao con mucha priessa: esconded vuestros hurtos y engañadlo con alguna astucia; no penseys de poder salir».

Entonces Lucrecia dixo: «Vn escondrijo está tras el estrado donde estan las cosas preciosas. Ya sabes lo que te escreui si estando conmigo viniessse Menelao: aqui con la escuridad estaras seguro; entra y no tossas, ni te muenas, ni resuelgues».

Dudoso Eurialo qué haria, puso en obra lo que su amiga le mandó. Ella, abiertas las puertas, como si en al no estouiera ocupada, a su labor tornó. Entonces Menelao y Berto llegaron a buscar ciertas escrituras que a la publica pertenescian. Y despues que muy buscadas en las caxas no las hallaron: «En nuestro escondrijo por aventura estaran, dixo Menelao: trae lumbré, dixo a Lucrecia, y buscar se han».

Destas palabras espantado Eurialo quasi sin sangre quedó; ya començo a renegar de Lucrecia y de sus amores y entre sí dezia: «Ay de mí, loco, quién me apremió a venir aqui sino mi liuiandad? Agora soy tomado con el hurto, agora soy fecho infame, agora la gracia del Cesar pierdo; qué la gracia? plegue a Dios escape la vida. Quién me librá de aqui biuo? No se puede escusar la muerte. O vano de mí, y de todos los locos el más loco! en este peligro de mi voluntad entré. Qué plazerer pueden ser los del amor, si tanto han de costar? Breue es aquel deleyte e los pesares muy luengos. O si estas cosas passassemos por el reyno de los cielos! Marauillosa es la locura de los hombres: no queremos soffrir breues trabajos por infinitos gozos, y por causa del amor, cuyos plazerer a humo comparar se pueden, a infinitas angustias nos sometemos. Ahe el enxemplo: ya habilla de todos sere, avn no sé qué salida aura. O si Dios me libra de aqui, nunca más el amor me enlazara. O Dios, escapame, perdona mi juventud, no quieras mirar a mis inorancias! Guardame, Señor, para que destos delitos haga penitencia. No me amó Lucrecia, mas como a cierto me quiso en la red caçar. Aqui es mi día. Muchas vezes oya yo los engaños de las mugeres e no me supe guardar: mas si agora escapare, nunca lengua de hembra me engañara».

Lucrecia no estava con menor congoxa e fatiga, la qual no solamente su salud, mas la de su amante temia. Mas como en las sobrenuevas es mayor el ingenio de las mugeres que de los hombres, pensando el remedio dixo: «Mi marido, en aquella ventana esta vna cestilla, donde me acuerdo auerte visto guardar ciertas escripturas; quiero ver si lo que buscas estara alli». E subitamente fue alla; e como que queria abrir la cestilla, a sabiendas dio con ella de la ventana abaxo. E como si por caso cayera, dio voces al marido: «Corre, corre abaxo, que la cestilla con las joyas que en ella estauan cayó en la calle. Yd ambos a priessa, no passe alguno que haga hurto; yo velare de la ventana». Ora mirad qué astucia e osadia de hembra! Dad mucho credito a las mugeres: ninguno tiene tantos ojos que no pueda dellas ser engañado. Aquel solamente escapa que la muger no quiere engañar. Más por ventura que por ingenio somos bienaventurados. Corren Berto y Menelao a más andar para la calle: la casa era muy alta e muchos escalones de decida; e assi oyo espacio Eurialo de mudar lugar. El qual por auiso de Lucrecia se pasó a otro nuevo escondrijo. Ellos, cogidas las joyas y escripturas de la cesta, porque no se hallaron los instrumentos necesarios passaron al retrete donde Eurialo auia salido; y hallado lo que

buscauan, despedidos de Lucrecia, se fueron.

Ella, echada el aldaba a las puertas: «Sal, dixo, Eurialo, ánima mia, ven, suma de todos mis placares, ven fuente de mis deleytes, manantial de alegría, panal de miel, ven, dulçura mia sin comparacion: ya todo te es llano, ya a nuestras hablas ay campo seguro, ya seguridad ay para nuestros abraçados. La fortuna quiso contradezir a nuestros besos, mas los dioses miran a nuestro amor e no quieren tan fieles amantes desamparar. Ven ya en mis braços; no ay cosa que de aqui adelante ayas de temer: mi lirio, mi monton de rosas, qué esperas? qué temes? aqui está tu Lucrecia, por qué tardas a abraçarme?»

Eurialo, mala ues dexado el miedo, salio, y abraçada Lucrecia, dixo: «Nunca tan gran temor me salteó: empero dina eres porque en semejantes cosas se suffra. Ni tales besos e abraçados es razon que se alcancen sino a mucha costa; ni yo, si la verdad manifesto, tan gran bien he comprado por su justo precio. Si despues de la muerte podiessse biuir e gozarte, mil vezes querria morir si por este precio tus abraçados se pudiessen comprar. O mi felicidad e bienaventurança, es vision o verdad que te tengo, o soy engañado por sueño vano? Tú cierto aqui estás, yo te tengo.»

Era Lucrecia vestida de ligera y delgada vestidura, tal que si ruga a sus miembros se juntaua; en ninguna parte mentia, mas tales quales eran los manifestaua; la blancura de la garganta como nieue, la luz de los ojos como la claridad del sol, el mirar aplazible, la cara alegre, la mexillas como açucenas mezcladas con rosas coloradas, la risa en la boca muy suave y tenplada, los pechos anchos, las tetas como dos mançanas de Africa en cada lado se leuantauan, las quales mucho escandalizarian a quien las tratasse. No pudo más Eurialo soffrir la começon, mas olvidado el temor, lançó de sí la verguença, y acometiendo a la señora, dixo: «Tiempo es ya que tomemos el fruto de nuestros amores.» Juntaua las obras a las palabras: resistia Lucrecia diziendo que no quisiessse assi destruir su honestidad y fama que en mucha estima tenia; dezia que el amor de ambos no requeria más de abraçar y besar. Respondio riendo Eurialo: «O esto se sabra o no. Si se sabe que yo aqui vine, ninguno ay que no sospeche todo lo que mi venida se puede seguir, y locura seria ser ynfamados sin obra. Si no se sabe, esto assi mesmo sera secreto. Esta es prenda del amor, y antes morire que dexarla.»

—Maldad es esso, dixo Lucrecia.

—Maldad es, dixo Eurialo, no vsar de los bienes pudiendo, e yo perderia el tiempo desseado y con tanto trabajo buscado?»

Entonces, tomada de la falda a ella resistiendo, avnque vencer no queria, sin mucho afan la vencio. Ni el hecho le causó hastio o aborrecimiento, segun acaescio a Hamon con Tamar, antes le despertó mayor sed e ansia de amor. Finalmente, acordado Eurialo del pecado, tomando algo de las conseruas e vino, contradiziendo Lucrecia se partió de su jornal satisfecho, e ninguno sospechó cosa siniestra; porque todos vno de los acarreadores lo pensaron.

Marauillauase de sí yendo por el camino e consigo dezia: «O si agora me encontrasse el Cesar y me conociesse, qué sospechas le pornia este abito! cuánto burlaría de mí! Habilla seria de todos y dél escarnio. Nunca me dexaria hasta que todo lo supiesse: forçado le auria de dezir lo que esta vestidura de labrador quiere representar; mas yo fingiria venir de otra dama y no de aquésta, porque él la ama. Yo no estó en costumbre de descubrirle mis amores: en ninguna manera descubriré a Lucrecia que me recibió y amparó.»

Mientras assi va hablando, vio a Niso y a Achates e Polimio; sin ser conocido passó ante ellos, y llegado a casa dexó el capote, y tomada su vestidura, todo su acaescimiento les contó. Mientra les contaua por crden qué peligros y temores, qué plazerer e deleytes auia passado, assi a tiempos se tornaua alegre y temeroso. Quando contaua los miedos, dezia: «Ay de mí, loco, de hembra fie mi cabeça! No es esto lo que mi padre me castigó, quando me amonestaua que de ninguna muger fiasse; dezia él la hembra ser animal no domable, simple, mudable, cruel, a mill passiones inclinada: yo, olvidado el consejo del padre, puse mi vida en poder de muger. Qué fuera de mí, si cargado del costal alguno me conociera? Qué infamia fuera para mí y desonrra para mis decendientes! Agero me hiziera el Cesar de sí, y como a liuiano y loco me pudiera aborrecer. Qué fuera, si el marido, trastornando los almarios, me hallara escondido? Rigurosa es la ley Julia a los adulteros, mas avn el pesar del marido busca mayores penas que la ley concede. Este matan a hierro, el otro con crueles tormentos y tal que con las vñas de la sangre del adultero no se puede hartar. Mas pongamos que el marido me perdonara la vida, no me echara en prisiones, e assi infame me entregara al enperador, y que pudiera huyr de sus manos por estar sin armas e yo tener puñal ceñido: no estaua acompañado el marido? no auia asaz armas de las paredes colgadas e ligeras de tomar? muchos seruidores e criados en casa? Los clamores hizieran luego cerrar las puertas, e allí tomaran de mí vengança? O sin seso de mí, ninguna discrecion deste peligro me libró sino acaecimiento solo. Qué acaecimiento? antes el



presto ingenio de Lucrecia me escapó. O hembra fiel, o prudente defensora, o escogido e muy noble amor, por qué de ti no fiare mi persona? por qué tu fe no seguire? Si mill cabeças tuiesse, todas a ti las encomendaria; tú eres fiel, tú cauta, tú prudente, tú sabes amar y a tu amante defender. Quién tan ayna pudiera hallar camino para dar desvío a los que me buscan como tú lo pensaste! Tú la vida me guardaste, yo aquella te ofrezco. No es mio el biviir, sino tuyo. No me sea aspero por ti perder lo que por tu causa tengo. Tú tienes derecho a mi vida, tú poder en mi muerte: haz de todo a tu plazer. O pecho muy blanco, o dulce lengua, o suaves ojos, o ingenio presto, o miembros como marmol de corno llenos, cuándo os tornare a ver? Quándo otra vez los labrios de coral mordere? Quándo la lengua parlando otra vez a mi boca bullir sintiré? O si tratase más aquellas tetillas! Poco es, o Achates, lo que en aquella señora viste; mientras más cercana es, mayor es su hermosura. Plaguiera a Dios que conmigo fueras: no creas que tan hermosa fue la muger de Candalo, rey de Libia, como ésta. Ya no me marauillo mostrarla aquél al compañero desnuda por gozar más de su belleza; yo otro tal haria de Lucrecia si facultad para ello touiesse: desnuda te la mostraria. En otra manera no puedo dezir quánta sea su hermosura, ni quán cumplido e quán lleno aya sido mi plazer puedes considerar: mas alegrate conmigo, que mucho más fue mi deleyte que por palabras dezir se puede. Assi Eurialo con Achates; mas Lucrecia no menos razones consigo passaua. Empero su alegría tanto fue menor quanto más callada; no tuvo confianza de persona alguna con quien comunicarla pudiesse: a Sosias, apremiada de la verguença, no lo osó todo manifestar.

En este tiempo, Pacoro, cauallero de Vngria, varon noble que al Cesar acompañaua, començo a amar a Lucrecia, y en esfuerço de su disposicion y gala creya ser amado. No piensa que aya otro impedimento sino la honestidad y pudicicia de la hembra. Lucrecia, como es costumbre de nuestras dueñas, con cara alegre a todos miraua; arte es o más verdaderamente engaño para que el verdadero amor sea secreto. Perdió el seso Pacoro; no puede ser consolado si la voluntad de Lucrecia no sabe. Suelen las dueñas de Sena a vna milla de la cibdad visitar a menudo la hermita de sancta Maria, que ellas llaman de Belen; a la qual yna Lucrecia de dos donzellas y vna vieja acompañada. Siguela Pacoro lleuando vna violeta de hojas doradas en la mano, y en ella muy sotilmente vna carta de amores escondida. Y no te marauilles, porque Ciceron escriue que a él fue mostrada vna oracion de toda la guerra de

Troya tan solamente escrita, que en vna cascara de nuez cabia. Ofrecio la violeta a Lucrecia, la qual la menospreció. Importuna el vngaro con grandes ruegos. «Recibe, señora, la flor, dixo la vieja; para qué temes donde no ay peligro? Poca cosa es con que puedes a este cauallero complazer.» Seguio Lucrecia el consejo de la vieja: recibió la violeta y a poco rato la dio a vna de las donzellas. No passó mucho tiempo sobrevinieron dos estudiantes, los quales sin mucha importunidad ouieron la violeta de la donzella, y abierto el tronco della, la carta de amores fallaron. Solia este linaje de onbres agradar mucho a nuestras dueñas: mas despues que la corte del Cesar vino a Sena, començo ser aborrecido y tenido en menosprecio, porque más el estruendo de las armas que la gracia de las letras contentó a nuestras damas; de lo qual mucha embidia y contienda nacio. Buscauan las togas todos caminos para enpeçar a los alborozos, como se manifestó pues el engaño de la violeta. Van luego a Menalao y muestrarle la carta; la qual leyda buelue muy triste a su casa. Riñe con su muger, hinche la casa de bozes, niega la muger ser en culpa, declara la verdad, trae la vieja por testigo, van al Cesar, dan querella del cauallero vngaro, llamanlo, confiessa el delito, demanda perdon, jura en forma de nunca importunar a Lucrecia.

Bien sabe que Jupiter no se ensaña, mas rie y burla de los perjuros de los amantes; quanto le es defendido, tanto más se amena en aquella su llama sin provecho. Viene el inuierno, que lançados los otros vientos, solamente recibió el cierço. Cae mucha nieue del cielo, ay mucha soltura de holgar en la cibdad: lançan las dueñas nieues por las calles, los varones a las ventanas. De aqui tomó ocasion Pacoro: mete vna carta en cera y la cera en vna pella de nieue embuelue, lançala en la ventana de Lucrecia. Quién dira que Fortuna todas las cosas no rige? Quién no dessea el soplo fauorable de su fado? Más vale su fauor que si Venus por su carta a Marte te encomendasse. Dizen algunos que no puede la fortuna contra el sabio. Yo esto confieso de aquellos sabios que de sola virtud se gozan, los quales pobres y enfermos y en el toro de Falaride encerrados creen poseer la vida bienauenturada, de los quales nunca vi alguno ni pienso que fue ni lo ay. La comun vida de los hombres, de fauores de Fortuna tiene necesidad. Esta los que quiere ensalça y abate y derrueca. Quién destruyó a Pacoro sino la fortuna? Por ventura no fue consejo discreto en los fados de la violeta encerrar la carta? e agora por beneficio de la nieue embiar esta otra? Dira alguno: más cautamente lo podiera hazer. Mas si a este auiso ayudara la fortuna, por muy cauto y prudente fue-

ra juzgado. Mas repunando el fado, cayda la pella de las manos de Lucrecia, la lleuó cabe el fuego, donde con el calor desatada la nieue y derretida la cera, se manifestó la carta; la qual vnas viejas que se callentauan y despues Menalao leyeron. Nueuas contiendas desperto la carta, las quales Pacoro con fuyda más que con desculpadas atajó.

Este amor nuevo ayudó al de Eurialo, porque pesquisando el marido en el de Pacoro, a las assenchanças de Eurialo dio lugar. Verdad es lo que se suele dezir, ser dificultoso de guardar donde muchos combaten. Esperauan los amantes al primero sueño celebrar las segundas bodas. Hauia vna calleja asaz angosta a las espaldas de la casa de Lucrecia, por donde poniendo los pies tendidos en la vna y otra pared, sin mucha dificultad a la ventana de Lucrecia se podia sobir. Esto no auia lugar sino de noche. Menalao va al aldea donde ha de trasnochar. Este dia como de los saturnales lo esperauan los amantes. Eurialo, mudadas las vestiduras, a la calleja se fue. Salia allí vn establo de Menalao donde Eurialo, mostrandole Sosias, entró, y esperando la hora se escondio en el heno. Vino Dromo, cauallero de Menalao, y para echar heno a las bestias tomó del lado de Eurialo; hauia de tomar más, y de necesario diera con la horca en Eurialo, si Sosias no atajara. El qual como conoció el peligro, «Dame esse cargo, hermano, dixo al cauallero, yo pensare los cauallos, y tú en tanto ten cuydado de la cena. De alegrar es quando nuestro señor está ausente: mejor nos va con la señora que con él. Ella es alegre y liberal; él sañoso, bozinerio, auariento e dificultoso. Nunca bien nos va estando él presente. Miras quán iniquamente castiga nuestros vientres? él nunca se harta por nos matar de hambre: nunca dexa perder pedaço de pan de centeno por mohoso que sea, e los pedaços de vn dia guarda para otro a la mesa. Los siluros e anguillas saladas hasta que se podrecen los guarda, e las porretas de los puerros aseñala y cuenta por que no los toquemos. O malaenturado el que con tantos tormentos allega riquezas! qué cosa puede ser de mayor necesidad que por morir rico biuir pobre? Quánto es mejor nuestra señora, que no contenta de nos hartar de terneras e tiernos cabritos, nos da muchas vezes gallinas e zorzales y del mejor vino hasta hartar! Hermano, mira que esté bien bastecida la cocina.

—Amigo, dixo Dromo, pierde cuydado; yo curaré mejor la mesa que los cauallos. Yo lleué oy a nuestro amo al aldea: hagale Dios mal, que nunca vna palabra me dixo hasta que a la tarde me embió, y a nuestra señora me mandó dezir que no auia de boluer esta noche.

Tengote en mucho, Sosias, porque las costumbres de nuestro amo aborreces. Ya auria yo mudado señor si la bondad de mi señora no me ouiesse a las mañanas con sopas detenido. No es de dormir esta noche: beuamos y rociemus hasta que venga el dia. No ganará tanto en vn mes nuestro amo quanto gastaremos en vna cena.»

Oya estas cosas de buena voluntad Eurialo, puesto que las costumbres de los seruidores notaua. Bien presumia que otro tal acaecia en su casa. E partido Dromo, leuantose Eurialo. «O quán bieuenturada noche! dixo a Sosias, por tu beneficio he alcançado, que aca me traxiste, e con discrecion curaste no fuesse manifestado. Buen varon eres y con razon te amo; no te sere desagradecido jamas.»

Era llegada la hora acordada y alegre. Eurialo, puesto que por dos peligros auia passado, subio por las paredes y entró por la ventana que ya estaua abierta: falló a Lucrecia sentada al fuego, que con los seruicios necesarios lo esperaua. La qual como vido a su amante, a medio camino lo abraçó. Pasan muchas lisonjas y falagos, danse muchos besos, entran en el juego a velas tendidas, y cansada de naugar la barca, ora con vianda, ora con vino la recreauan y rehazian. O quán breues son los deleytes, quán luengos los cuidados! Avn Eurialo no auia vna hora de plazer passado, quando he aqui Sosias que les denuncia la venida de Menalao y todo el gozo turba. Teme Eurialo, piensa en la fuyda. Lucrecia, escondida la mesa, sale al encuentro de su marido, hazele su acatamiento: «O mi marido, dixo, bien boluiste, ya yo te tenia por labrador, aldeano: qué tienes que hazer tanto tiempo en el aldea? guarda no huela algo. Por qué te vas de casa? por qué quieres darme con tu ausencia pena? Siempre mientras eres ausente esté en temor. Sospecha tengo que eres en otra parte aficionado, como tienen los maridos a sus mugeres poca fidelidad. Si deste miedo me quieres librar, nunca fuera de casa duermas: no puedo sin ti alegre noche tener. Mas cena agora aqui, despues yremos a dormir.» Estauan en la sala donde suelen comer los seruidores: allí trabajaua Lucrecia de tener a su marido hasta que Eurialo tuiesse lugar de huyr, el qual de vna poca de tardança tenia necesidad. Menalao ania cenado fuera, aquexauase por dormir. «Poco me amas, dixo Lucrecia; por qué no cenaste conmigo? Yo, porque eras ausente, ni comi oy ni beui cosa alguna; mas los gañanes vinieron de Rosalia e traxeron cierto vino, dizen que de la ribera de Trebia, mucho bueno. Yo de tristeza no lo proue: agora que veniste, vayamos, si te plazce, a la botilleria, prouemos si es tal qual nuestros siruientes dizen.» Tomó vna lanterna en la mano diestra e al marido



con la siniestra, y a la casa de la prouision lo lleuó. Y tanto se detuvo, oras barrenando el vn tonel, oras el otro, e prouando de cada vno con su marido, hasta que creyo Eurialo ser ydo en saluo. Y en fin, a los ingratos ayuntamientos con el marido se fue. Eurialo a la media noche en su casa tornó.

En el siguiente dia, ora porque assi conuenia a la camara, ora por alguna sospecha mala, Menalao clauó la ventana. Creo, como son nuestros cibdadanos en las congeturas muy agudos y de sospechas llenos, temio Menalao el aparejo del lugar, e como fiaua poco de la muger, acordó quitar aquella ocasion, no porque cosa de lo acaecido supiesse, empero sabía las muchas importunidades que de continuo combatian a Lucrecia. Conocia el ánimo de la hembra ser instable, la qual de tantas voluntades se bnelue como son las hojas de los arboles. El linaje de las mugeres desseoso es de nouedades: pocas veces aman al varon de que tienen copia. Seguia Menalao el camino de los maridos que con velas e guardas los cuernos se atajan. Quitado les ha la facultad de más por allí se poder juntar; ni ay libertad para embiar e recibir cartas, porque el tauertero que a las espaldas de la casa la tauerna alquilara donde Eurialo solia hablar e dar cartas a Lucrecia, a ruego de Menalao por otras causas de la justicia fue quitado; quedauales sola la vista de ojos, y con señas solamente se consultauan los amantes. Ni con este postrimero remedio podian biuir ni salir de congoxa. Erales gran dolor a muerte semejable, que ni podian olvidar el amor ni en él persenerar.

Mientras que assi ansioso Eurialo piensa qué consejo seguira, vinole a la memoria el auiso que Lucrecia le escriuio de Pandalo, sobrino de Menalao. Y como los sabios medicos que en las peligrosas enfermedades acostumbra vsar de dudosas medicinas, queriendo antes experimentar los extremos que dexarlas sin cura, e assi Eurialo acordo de tentar a Pandalo y vsar del remedio que antes auia rehusado. E apartándolo en lo más secreto de su casa, «Sientate, dixo, amigo: vn gran secreto te quiero descubrir, teniendo mucha necesidad de tu diligencia, fe y lealtad. Mucho tiempo ha te lo quise dezir, mas no conocia tu discrecion e fidelidad como agora me son manifestas; ya te conozco, ya te amo y tengo en mucha estima. E si otra cosa de ti no supiesse, bastaria que todos tus vezinos te alaban e mis compañeros con los quales traunaste amistad me certifican quién eres, cuánto vales y eres de tener en precio. De los quales aprendí tú dessear mi amistad: yo aquella a tu voluntad ofrezco, y della segun tu aluedrio puedes vsar; de la qual no eres menos dino que de la tuya yo merecedor. Agora

lo que yo quiero, pues de nuestra amistad se ha tratado, breuemente lo dire. Tú sabes cuánto los mortales somos al amor inclinados: agora sea virtud o vicio, manifesto es este daño; ni ay coraçon, si es de carne, que alguna vez estimulo de amor no sienta. Sabes que ni el santissimo Daud, ni el sapientissimo Salomon, ni el muy fuerte Sanson desta passion fueron libres. El encendido pecho de amor aquesta propiedad tiene, que si le es vedado el amar, más arde; con ninguna cosa esta passion mejor se puede curar que con copia de la cosa amada. Fueron muchos, assi varones como mugeres, assi en nuestra memoria como de los antecessores, a quien la prohibicion de aspera muerte fue causa, e al contrario muchos vimos que a rienda suelta ayuntados, cobraron el seso que perdieran. Ningun remedio ay mayor, despues que el fuego de amor en los huessos entra, que dar lugar al furor. Esforçarse el hombre contra tempestad a nauagar, es a sabiendas perecer; el que a la tormenta da lugar y se dexa llevar de su furia, en fin queda vencedor e libre. Todo es dicho a fin que mi amor te sea manifesto, y lo que por mí haras me respondas. Lo que en esto ganarás no callaré, porque ya de mi coraçon te tengo por mucha parte. Yo más que a mí amo a Lucrecia; ni creas, mi Pandalo, que la culpa desto de mí nace, mas la fortuna lo queriendo, en cuya mano es este mundo que poblamos. Yo no sabía vuestras costumbres, ni las condiciones desta cibdad conocia. Pensaua yo que las hembras, lo que en el coraçon tenian con los ojos lo mostrauan. En esto fue engañado: crey amarme Lucrecia quando con ojos alegres miraua: yo assi la comence a amar; pareciome que tan ecelente señora sin retorno de amor no denia quedar. No avn conocia yo a ti ni a tu linaje. Amé pensando ser amado: quién es tan de hierro o pedernal que amado no ame? Mas desde que conocí los engaños e a mí con ellos enlazado, porque mi amor seco no fuesse, con todas artes me esforce encender a Lucrecia, porque en el penar fuessemos yguales. Arder yo e no quemar, en mucha verguença e ansiedad de ánimo se me tornaua, que en demassia noches e dias me atormentaua. Entró de tal manera el amor en las entrañas, que nunca de allí pudo ni quiso salir, e assi yo mi requesta continuando, hizose el amor yqual. Ella arde e yo me abraso: y ambos, si no nos vales, pereceremos. El hermano y el marido la guardan y velan: no con tanta diligencia el vellocino de oro el velante dragon guardó, ni las entradas del huerco Cernerero, quanto esta es encerrada. Vuestra familia conozco. Sé cuánto en esta cibdad soys nobles e principales, ricos, poderosos e bien quistos. Pluguiessse a Dios que nunca esta señora ouiesse conocido! mas quién es el

que a los fados puede resistir? Yo no la escogi, mas el caso me la dio por amiga. Assi passa el negocio; el amor avn secreto es, mas si mucho no se encubre, algun gran mal, lo que Dios no quiera, parira. Yo por ventura partiendo de aquí me podria refrenar, y avnque me fuesse muy aspero, por honrra de vuestro linaje e familia lo pornia en obra, si del todo atajar creyessse: mas conozco el furor de Lucrecia que o me seguira, o, constreñida quedar, se matara; lo qual sería desonrra perpetua de vuestra parentela y solar. Aquello para que te llamé, causa es comun de todos. Para que estos males se atagen, ni yo sé otro remedio sino que tomes el cuydado e guies este nuestro carro de manera que este bien dissimulado fuego no alce llamas y se publique. Yo a ti me encomiendo, do y ofrezco; remedia nuestro furor, porque resistiendole no se encienda y haga mayor. Ten manera de nos juntar, y aquello hecho, el ardor se mitigara y hara más sofridero. Las entradas de casa a pie enxuto las sabes: sabes cuándo el marido es ausente, sabes cuándo me puedes llevar. Del hermano del marido te has mucho de auisar, que es muy sagaz, y está la barba en el hombro y con mucho cuydado de guardarla. Siempre sobre auiso está qué Lucrecia habla, qué mira, dónde buelue la cabeça: si gime, si tosse, si estornuda o rie, con mucha atencion lo considera. Todo el acuerdo sobre engañar a éste ha de ser: lo qual sin ti hazer no se puede. Toma este cargo, yo te ruego; y quando el marido fuere ausente, me auisa. Ten cuydado del lado de Lucrecia apartar al hermano; y apartado, que otras guardas no ponga. El de ti fia, pluguiessse a Dios que la guarda te encomendasse: la qual, si a tu mano viniessse, podrias me ayudar como de ti espero; e quando todos dormieren, meterme he en la casa; e assi podrias el amor furioso melezinar. Los pronechos que de aqueste se seguiran, bien creo, segun tu prudencia, manifestamente los conoces: guardaras primero la honrra de la casa encobriendo nuestro amor, que no se podria sin vuestra infamia manifestar. Reternas en la vida a Lucrecia, guardaras a Menalao su muger, al qual no puede traer tanto daño vna noche para mí hurtada siendo secreto, como si, sabiendolo todos, se va conmigo. Qué sera, si Lucrecia determina de seguir a my, noble y poderoso, en mi tierra? Qué desonrra de vuestro linaje! qué risa del pueblo! No solamente vuestra, mas infamia de toda la cibdad sera. Dira por ventura alguno: con muerte de la muger se puede todo atajar. Mas ay de aquel que en sangre humana se ensuzia y con mayor peccado ataja el menor! No se han de acrecentar los males, mas amenguarlos en virtud. Todos sabemos que de dos bienes el mayor es de escoger, y del bien e

mal el bien, y de dos males el que menos empece. Todo camino es lleno de peligro, mas este que nuestro es más ligero; por el qual, no solo aprouecharas a tu linaje, mas remediarias a mí, que del todo pierdo el seso viendo por mí atormentarse Lucrecia, a la qual por no te rogar olvidar querria, e mi ventura no quiere. En el estado que tengo dicho está el negocio; mis entrañas te descubri: si por tu arte, por tu industria, por tu discrecion e cuydado no se gouierna la naue, ninguna esperança ay de salud. Ayuda, pues, a ella e a mí, e tu linaje sin infamia conserua. No pienses te sere desagradecido. Ya sabes cuánta parte en el Cesar tengo: todo lo que demandare alcançaré. E ante todas cosas te prometo, para ello do la fe, su magestad te criara Palatino conde, con que tú y todos tus decendientes seays honrrados. Yo a Lucrecia, a mí, a nuestro amor, fama y honrra de tu linaje, a ti todo lo encomiendo e a tu fe lo ofrezco. Tú eres arbitro de todo; todas estas cosas en tu poder estan: en tu mano es de las saluar o dexar perecer.»

Ryó algun poco Pandalo, y despues dixo: «Todas estas cosas sabia yo, y a Dios pluguiessse no ouieran acaecido; mas en estado son, como tú dizes, que es necesario hazer tu mandado, si no quiero sufrir daño de mi linaje y a escandalos dar lugar. La muger arde como dexiste; e no poderosa de sí, si no socorro se matara. Ya no tiene cuydado de su vida ni honrra, su ardor me manifestó. Resistí, reprehendi, e trabajé lo que pude por mitigar la llama: ninguna cosa aproueché; todas las cosas en tu respeto tiene en poco. Todo lo pone sin ti en oluido, tú estás siempre en su voluntad. A ti demanda, a ti dessea, en ti solo piensa. Muchas vezes, conmigo hablando, me llama Eurialo; assi la ha trastornado el amor que no es la que solia. O qué piedad, qué dolor! Ninguna, antes desto, fue en la cibdad más casta que Lucrecia. Marauillosa cosa es que al amor tanto derecho aya dado la naturaleza en los coraçones humanos. De curar es esta enfermedad, e ninguna medicina ay sino la que tú mostraste; porné en ello toda diligencia, e quando tiempo sea, de todo te auisaré. No quiero de ti gracia alguna, porque no es officio de buen varon quando no se merece demandarla. Yo por quitar infamia de mi linaje lo hago, y desta causa no se me dene galardón.»

—Yo, dixo Eurialo, obligado te sere; y como dicho tengo, hare que seas conde, tanto que tú lo ayas por bien y la dinidad no menosprecies.

—No la menosprecio, dixo Pandalo, mas no la quiero alcançar por esta causa. Si yo la merezco y ha de venir, venga libremente: yo a mi seruicio no pongo condicion alguna. Si esto se



pudiesse hazer, tú no lo sabiendo, que por mi industria te juntasse con Lucrecia, de mejor voluntad esso haria. A Dios, dixo Pandalo.

—Dios te guie, dixo Eurialo: pues el corazón me tornaste, negocia, finge, haz, acaba cómo nos juntemos.

—Tú me alabaras, dixo Pandalo; e assi se fue muy alegre por aver hallado gracia e conocimiento con tan principal varon, assi porque esperaua ser conde, de la qual dinidad tanto era más codicioso quanto menos desseoso se mostraua.

Son vnos hombres como las mugeres, que quando más dizen no querer, entonces quieren más. Este en galardón de alcahoteria recibira condado, y despues mostraran sus decendientes el preuilejo dorado de su nobleza. En la nobleza muchas gradas ay, mi Mariano. Ciertamente, si los linages bien examinares, segun mi opinion pocos principios de nobleza hallarás que de delitos y maldades no decendan. Como veamos ser dichos nobles los que en riquezas abundan, las riquezas pocas vezes son en compañía de la virtud. Quién no vee los principios de nobleza ser de vileza? A este enriquecieron e hizieron noble las vsuras; al otro los robos, las trayciones al otro. Aquel enriquecio con simonia, otro con lisonjas. Vnos con adulterios ganan, a otros aprouecha el mentir; aquéllos alquilan sus mugeres, éstos las hijas; otros con homicidios ganan. Pocos ay que justamente alleguen riquezas. Ninguno haze gran hace si de todas yeruas no coge. Allegan los hombres riquezas: todos hablan quán muchas son, mas no dónde vienen. A todos agrada el verso, dónde venga ninguno pregunta. Mas conuiene tener: despues que el arca es llena se busca la nobleza, la qual por esta via buscada no es otra cosa sino premio de maldad. Mis antecessores por nobles fueron tenidos, mas no quiero vanagloriarme dello: no creo fueron mejores mis tres abuelos que los otros; sola la antigüedad los escusa, porque ninguno de sus vicios se acuerda. De mi sentencia, ninguno es noble sino el amador de virtudes. No me espantan las vestiduras de oro, los cauillos, los perros, los muchos sieruos, las muy bastecidas mesas, las casas de marmol, villas, lugares, heredamientos, montes, estanques, bosques, porque estas cosas los locos las pueden alcançar. A los quales si alguno llamase noble, pierde como ellos el seso. Nuestro Pandalo por alcahueteria es hecho noble.

No muchos días despues, en el aldea de Menalao los labradores ouieron contienda, donde morieron algunos que más que lo conuenible auian beuido: necessaria fue la yda de Menalao para entre ellos poner paz. «Mi marido, dixo Lucrecia, eres hombre pesado e flaco, tus cau-

llos estan holgados e briosos, busca vn cauillo amblador que a tu plazer te lleue.» Como él preguntasse dónde se podria auer, «Muy bueno, dixo Pandalo, lo tiene Eurialo: de buena voluntad te lo dara: si mandas, yo lo pedire.

—Demandalo, dixo Menalao.» Rogado Eurialo, luego mandó lleuar el cauillo, e consigo calladamente dixo: «Tú, Menalao, cauallaras en mi cauillo, e yo sobire en tu muger, si puedo.»

Concertados estauan que a la quinta ora de la noche Eurialo fuesse en la calleja, y estouiese atento si oyria cantar a Pandalo. Era partido Menalao, ya el cielo cobrieran las tinieblas de la noche. La mujer en la camara esperaua el tiempo. Eurialo estaua a la puerta. La seña se tardaua, ni oya canto ni estornudo, ya la ora era passada. Achates amonestaua a Eurialo se fuesse, y escarnido le dezia que dura cosa era al amante partir de allí, y a oras vna, oras otra causa de quedar buscaua. No cantaua Pandalo porque el hermano de Menalao quedara en casa y las entradas todas escodriñaua, porque no ouiesse assechanças. Traya la noche sin sueño. Al qual Pandalo dezia:

«Nunca yremos a dormir? Ya passa la media noche y el sueño carga de mí. Marauillome de ti, como seas moço, que tengas condicion de viejo, a los quales la sequedad quita el sueño, y nunca duermen sino poco ante del dia, quando a los otros es tiempo de leuantar. Vamos ya, que gozes a dormir. Qué quieren dezir estas veladas?

—Vamos, dixo Agamenon, si a ti parece; antes empero visitemos las puertas si estan bien cerradas, no entren ladrones.»

E viniendo a las puertas, agora vna cerradura, ora otra les echa y despues la aldaba. Estaua allí vna palanca grande que apenas podian dos hombres leuantar: con ella algunas vezes la puerta se atrancaua; la qual despues que Agamenon no pudo mouer, «Ayudame, dixo a Pandalo, encontemos este hierro a la puerta porque vamos a dormir.»

Oya estas palabras Eurialo; «Despachado es, entre si dixo, si la puerta con la palanca se cierra.

—Qué aparexas? dixo Pandalo. Agamenon. Como si nos ouiesse de combatir guarneces las puertas? no estamos en cibdad segura? Libertad y descanso ay para todos. Los florentinos, con quien tenemos guerra, lexos son. Si ladrones temes, a buen recaudo estan las puertas; si los enemigos, no ay cosa en esta casa que te pueda defender. Yo esta noche no tomaré tal carga: las espaldas me duelen y a la potra tengo temor; no soy abile para tomar cargos: o la leuanta tú o la dexa.

—Assaz basta; dixo Agamenon, y a dormir se fue.

—Esperate, dixo Eurialo, vna ora, si por caso abriera alguno la puerta.» Pesaua a Achates con la tardança, y calladamente maldezia a Eurialo que tanto tiempo sin sueño lo auia tenido.

No tardó mucho que no vio a Lucrecia por vna hendedura de la puerta, lleuando consigo vna lumbre, y andando contra ella, dixo: «Dios te salue, ánima mia.» Ella, espantada, subitamente quiso huyr; despues, acordada, dixo:

—«Qué varon eres tú?

—Eurialo, dixo él. Abre, mi deleyte, ya media noche es passada que te espero.»

Conocio Lucrecia la boz, mas porque temia ser fengida, no primero osó abrir que las señas secretas entre ellos conociesse; despues de lo qual, con mucho trabajo quitó las cerraduras; mas porque estauan en las puertas muchas herramientas que las manos mugeriles no pudieron quitar, en anchura de medio pie solamente las abrio. «Ni esto, dixo Eurialo, me impedira; y adelgazando su cuerpo, metiendo primero el lado diestro se lanzó dentro, y en los braços a Lucrecia tomó. Achates quedó velando fuera.

Lucrecia, o con el temor o con el mucho plazer, entre los braços de Eurialo desmayó e cayó sin sentido, del todo perdida la color y la habla, los ojos cerrados; en todo parecia como muerta, salvo que algun calor e pulso la quedaua. Espantado Eurialo de tan subito acaecimiento, no sabia qué hazer, e consigo dezia: «Si me vo, culpado sere en la muerte de la señoia; desamparandola en tal peligro, yo merezco morir. Si quedo, verna Agamenon o otro de casa, y perecere. O amor malauenturado, que más de hiel que de miel tienes, no es tan amargo el assensio como tú! A cuántos peligros me has puesto! a cuántas muertes mi cabeça has ofrecido! Avn esto te quedaua, que en mis braços sacasses el ánima de Lucrecia. Por qué a mí antes no mataste? por qué no me echaste a los leones? O cuánto era más conueniente morir yo en su regaço que fallecer ella en mis braços!» Vencio el amor al mancebo, e lançado el cuydado de su propia salud, quedó con la dueña, e alçando el mudo cuerpo y besandolo, mojado de lagrimas, «Ay, Lucrecia, dixo, dónde estas? dónde son tus oydos? por qué no respondes? por qué no abres los ojos? Pidote de merced me mires e rias como sueles. Ves aquí tu Eurialo: tu Eurialo te abraça, ánima mia. Por qué no me tornas los besos? Coraçon mio, espiraste o duermes? dónde te buscare? Por qué, si morir querias, no me amonestaste, e moriera de consuno! Si no me respondes, el puñal abriera mi costado porque vna muerte nos lleue ambos. O vida mia, mis suaves besos, mis deleytes, vna sola esperança mia, entera holgança, assi te pierdo? Alça los ojos, leuanta la cabeça. Veo que avn biues, avn tie-

nes calor y ressuelgas: por qué no me hablas? assi me miras? a estos plazer me llamaste? tal noche me das? Leuantate, yo te ruego, holgança mia, mira a tu Eurialo, contigo está Eurialo.» E assi razonando, rio de lágrimas derrama sobre la frente y rostro de la dueña, con las quales, como rosa con el agua, acordada la hembra como si de muy graue sueño despertara, se leuató, e viendo su amante dixo: «Ay de mí, Eurialo, dónde estaues? por qué no me dexaste morir? ya bienauenturada moria en tus manos. Pluguiesse a Dios que assi moriesse antes que desta cibdad partiesses!»

Y hablando de consuno, vense a la cama, donde ouieron tal noche qual se cree que dos que mucho se aman podrian en tal caso auer, despues que las velas alçadas lleuó a Elena Paris. Y tan dulce les fue esta noche, que ambos negaron entre Venus y Marte auer sido tal. «Tú eres mi Ganimedes, tú mi Ypolito, tú mi Diomedes, dezia Lucrecia.—Tú mi Policena eres, dezia Eurialo, tú Emilia, tú Venus.» E ora la boca, ora las mexillas e ojos loana, y algunas vezes, alçando la ropa, los secretos que antes no viera contemplaua: «Mas, dezia él, hallo lo que no pensaua. Tal vio Antheon quando en la fuente a Diana. Qué cosa hay más fermosa que estos miembros? qué blancura mayor? Ya recebi satisfacion de los peligros. Qué cosa puede ser tan aspera que no se deua por ti sufrir? O pecho hermoso, o tetillas resplandecientes, es verdad que os trato? es verdad que os tengo? es verdad que venistes a mis manos? O miembros rollizos, o cuerpo oloroso, es verdad que te possee? Agora seria conueniente el morir, siendo este plazer fresco, antes que venga algun desastre. O my ánima, tengote o sueño? es verdadero este deleyte o está fuera de sentido? No sueño, en verdad, cierto es lo que se trata. O besos suaves, o dulces abraçados, o bocados llenos de mucha dulçura, ninguno más bienauenturadamente que yo bive, ninguno mejor afortunado! Mas ay, qué ligeras oras! O embidiosa noche, por qué huyes? Está quedo, Sol, en lo baxo mucho tiempo; por qué tan presto traes los cauillos al yugo? Dexalos, por mi amor, pacer; no te apressures tanto en mi daño: dame agora vna noche qual la diste a Alchimene. Y tú, Aurora, por qué tan ayna dexas la cama de Titon tu marido? Si tanto le agradasses como a mí Lucrecia, no te dexaria leuantar tan de mañana. Nunca noche me parecio tan breue, puesto que en Ir,glaterra y Dacia he sido muchas vezes.» Assi Eurialo, y no menores cosas dezia Lucrecia. Ninguna palabra ni besos passaua sin recompensacion. Apretaua el vno, estreñia el otro. Ni despues del juego quedauan lasos o cansados: mas como Antheo, que derrocado en la tierra con mayor



fuerça se leuantaua, assi despues de los encuentros, más alegres y robustos tornauan estos amantes. Acabada la noche, como ya Aurora sacasse sus crines o cabellos del Oceano, con mucho desseo, ansias e sospiros se partieron.

No pudieron despues muchos dias tornar al juego porque las guardas crecian de contino, mas todas las cosas sobrepuja el amor; y despues hallaron camino de se hablar y juntar algunas vezes.

En este tiempo el Cesar, que ya con el papa Eugenio era reconciliado, deliberó de yr a Roma: sentiolo Lucrecia. Qué no siente el amor? o quién podra al amante engañar? Desta manera Lucrecia escriuio a Eurialo y se quexa:

CARTA DE LUCRECIA A EURIALO.

«Si mi ánimo se pudiesse contra ti ayrrar, ya con razon me ensañaria, porque tu partida dissimulas. Más que a mi mi spiritu te ama; y por tanto, con ninguna causa contra ti mouer se puede. Ay, mi coraçon, qué es la razon que la partida del Cesar me encubres? El se apareja al camino; tú no quedarás, bien lo sé. Qué se hara de mí, que sin ti biuir no podre? Qué hare, malaunenturada? dónde holgaré? qué descanso me quedará? Si me dexas, no creas dos dias biuire. Por estas letras de mis lagrimas mojadas, por tu mano derecha y fe dadas, si algun merecimiento tengo o algo de mí te fue agradable, te suplico desta malaunenturada amante ayas compassion. No que quedes te demando, mas que me llenes contigo. Fingire que en la tarde vo a Belen: yre de vna sola vieja acompañada, estaran allí tus criados, llevar me han por fuerça yo queriendo. No es gran negocio llevar a quien no resiste: no creas que desonrra sea. El hijo de Priamo con robo buscó muger. No haras injuria a mi marido, porque de necesidad me perdiera. Si no me llenas, la muerte me le quitará. No quieras ser cruel y dexar morir a quien más tu vida que la suya siempre estimó.»

A esto respondió Eurialo lo siguiente:

RESPUESTA DE EURIALO A LUCRECIA.

«Callé hasta agora la partida de mí, Lucrecia, porque mucho no te afligesses antes de aquélla. Sé tu condicion e costumbres, cuánto te atormentas e matas conozco. No creas partir para no tornar el Cesar: quando de Roma vernemos, el camino por aquí es para la tierra. E si por otra via fuere el Cesar, a mí, si biuo, cierto veras boluer. Nieguenme los soberanos la buelta en la patria y al descaminado Vlixes me hagan semejable, si por aquí no boluiere. Respira, pues, ánima mia, toma fuerças, no te

quieras enflaquezer, antes alegre con buena esperanza biue. El robo que dizes mucho alegre y agradable me sería: no se puede mayor deleyte dar que conmigo siempre tenerte y gozar a mi voluntad; mas a tu honrra más que a mis codicias es de proueer. Demanda la confianza que de mí sienpre has tenido, que consejo fiel te dé más a tu prouecho que a mis desseos endereçado. Tú sabes de quánto limpia e noble sangre vienes, con claro linaje casada; nombre, assi como de muy hermosa, de castissima muger tienes. No solamente entre los de Ytalia tu fama se derrama, mas en Alemania, Bohemia y Vngria se estiende. Todos los pueblos del setentrion tu nombradia saben. Pues si yo te lleuasse, dexo mi verguença que en vn cabello a tu causa estimaria. De quánta infamia tus parientes desonrraras? de quánto pesar cargaras a tu madre? qué se dira de tí? qué rumor por el mundo sonara? Ved Lucrecia, que más casta que la muger de Bruto y mejor que Penelope se dezia, ya, olvidada su casa, parientes e naturaleza, a su adultero sigue. No Lucrecia, mas Ypia es, o Medea que siguió a Jason. Ay de mí, quánto llanto, quánta confusion me seguira quando de tí tales cosas sentiere dezir! Agora nuestro amor secreto es, todos te loan, y el robo lo turbaria todo. Nunca tan alabada fuyste quanto vituperada seras. Mas la fama dexemos, que sera que no podremos de nuestro amor vsar. Yo siruo e sigo al Cesar: él me hizo varon de mucho estado, rico e poderoso; sin cayda de todo no puedo partirme dél. Si a él dexo, no podre a tí sin peligro de ambos tener. Si la corte sigo, no sufrira nuestro pecado el Cesar sin mucha verguença suya; que quiera dissimularlo, nunca descansa, todos los dias el real se muda. Nunca en vn lugar como agora en Sena el Cesar tardó; la necesidad de la guerra lo hizo. Si a todas partes te lleuasse y como hembra pública en los reales te traxesse, qué honrra sacariamos de aquí? Por estas causas te suplico, mi Lucrecia, dexes esta voluntad y en la honrra proueeas, y no lisongees más que a tí al furor. De otra manera otro amante lo aconsejaria, e la fuyda por vsar de tí a su plazer amonestaria, en lo venidero no proueyendo, tanto que a la presente enfermedad satisfiziesse; mas el tal no seria amador verdadero, que a los apetitos más que a la fama aconsejasse. Yo, mi Lucrecia, lo necessario amonesto: queda aquí, yo te ruego. De mí tornada no dudes: todos los negocios del Cesar en la Hetruria yo procuraré a mí se cometan, y dare orden cómo sin tu daño gozemos. A Dios biue, ánima. No creas mi fuego ser menor que el tuyo, ni presumas sino mucho contra mi voluntad partir. Otra vez a Dios, mi suauidad e gouierno de mi ánima.»

Consentio con Eurialo Lucrecia, y a todo lo que mandaua muy obediente se profirio, certificandolo de todo por su carta.

Pocos dias despues Eurialo con el emperador partio camino de Roma; e como llegaron, cargaron grandes fiebres muy sin ventura dél. Deuiera el ardor del amor y soledad de Lucrecia bastarle, sin que con fuego de fiebres se ouiesse más de quemar; y como el amor las fuerças ouiese adelgaçado, juntos los dolores de la enfermedad, muy poco le quedaua de vida. Era retenido el spiritu con remedios de medicina más que de suyo estuuiesse. El Cesar todos los dias le visitaua e como a hijo consolaua. Todos los remedios de la fisica allí eran presentes, mas ninguno tanto aprouechó como vna carta de Lucrecia por la qual de su vida e salud lo hizo sabidor, la qual cosa algun poco adelgazó las fiebres, e sobre los pies se leuató y a la coronacion del Cesar fue presente: donde de su mano recibio caualleria y doradas espuelas.

Despues de lo qual, como el emperador viesse a Perosa, Eurialo quedó en Roma, no avn sano de su enfermedad. De allí vino en Sena, flaco avn y debilitado en la cara. Mirar pudo, mas no hablar a Lucrecia. Muchas cartas fueron de ambas partes embiadas; otra vez se tornó a tratar de la fuyda. Tres dias en la cibdad quedó Eurialo: finalmente, como sintio todas las entradas quitadas, su partida a su amante manifestó. Nunca tanta dulçura en su conuersacion ouieron, quanto dolor sentieron en el partir. Estaua a la ventana Lucrecia; ya Eurialo por la calle cauaga. Los ojos mojados el vno en el otro ponía: lloraua el vno, lloraua el otro; ambos de mucho dolor eran atormentados, como aquellos que el coraçon sentian dolorosamente de su lugar arrancarse. Si alguno quánto dolor sea el morir no sabe, el partimiento de dos amantes considere, aunque mayor ansiedad e tormento en éste que en aquel ay: siente el ánima angustia en la muerte porque su amado cuerpo dexa, mas el cuerpo, el spiritu ausente, ni recibe ni siente pena. Quando por amores dos animos se ayuntan, tanto el apartamiento es más penoso, quanto mejor qualquiera de los amantes siente. E avn aquí ya no dos spiritus, mas como entre los amigos Aristofanes piensa, de vn ánimo dos cuerpos eran tornados, assi que no vn ánimo de otro se partia, mas vn ánimo en dos se diuide, de manera que el coraçon se partia en partes, y del ánima vna parte e parte quedaua; y todos los sentidos vnos de

otros se partiendo llorauan el partirse de sí mismos. Gota de sangre en las hazes de los amantes no quedó, si lagrimas y gemidos no fuessen; semejables a defuntos parecian. Quién escriuir, quién contar, quién pensar podra los pesares de aquellas ánimas, sino quien algun tiempo de amores fue preso?

Laodomia, partiendo Protesalao a las guerras de Troya, sin sangre cayó ella mesma quando la muerte del marido supo; mas no pudo biuir. Dido, phenisa, despues la fadal partida de Eneas, a sí mesma mató. Ni Porcia despues de la muerte de Bruto quiso más biuir. Esta nuestra, como vido Eurialo partir de su vista, cayda en tierra, la lleuaron a la cama sus sieruas hasta que tornasse el spiritu. La qual como en sí tornó, las vestiduras de brocado, de purpura y todos los atavios de fiesta y alegria encerro y de su vista apartó, y de çamarros y otras uestiduras viles se vistió. Y de allí adelante nunca fue vista reyr ni cantar como solia. Con ningunos plazerres, donayres ni juegos jamas pudo ser en alegria tornada. E algunos dias en esto perseuerando, en gran enfermedad cayó, de la qual por ningun beneficio de medicina pudo ser curada. Y porque su coraçon estaua de su cuerpo ausente e ninguna consolacion se podia dar a su ánima, entre los braços de su llorosa madre y de los parientes que en balde la consolauan la indignante ánima del ansioso e trabajoso cuerpo salio fuera.

Eurialo, partido de los ojos que nunca ver esperaua, a ninguno por todo el camino habló; sola en el ánima lleuando a Lucrecia, e si alguna vez boluer podria pensaua. Vino a Cesar, que en Perosa estaua, al qual dende en Ferrara siguió a Mantua, a Tridento, a Costança, a Basilea, finalmente en Vngria y Bohemia. Mas assi como él al Cesar, assi Lucrecia a él en sueños seguia: ninguna noche lo dexaua en paz. La qual despues que por cierta nueua el verdadero amador supo ser muerta, mouido de mucho dolor, de vestiduras de tristeza se vistió, y a ninguna consolacion dio lugar hasta que de la sangre y alto linaje de los duques de Alemania el Cesar le dio vna virgen en casamiento, rica, prudente e muy hermosa.

Tienes, mi Mariano muy amado, la salida del amor no fengido ni bienaunenturado; el qual quien leyere, de los agenos peligros se auisará a no ser muy solícito en gustar el breuaje de amor, que mucho menos de açucar que de acibar tiene.

*Fin del presente tratado de los dos amantes Eurialo franco y Lucrecia senesa.*

*Fue impreso en la muy noble y muy leal cibdad de Seuilla, por Jacobo Cronberger.*

*Año de mill e quinientos e doze. A xxiiij de Julio.*